

En marzo de 1833, el rey de España Fernando VII envió una carta a su hermano Carlos exponiéndole sus planes con respecto a la sucesión. La carta terminaba con una pregunta:

'¿Aceptas que mi hija Isabel me suceda, hermano?'

Aquella petición suponía un desprecio. Según la ley, el trono correspondía a Carlos, no a Isabel. Además, esta era todavía una niña, y la renuncia solo habría beneficiado a la esposa del rey, María Cristina, y al general Espartero.

La respuesta de don Carlos llegó desde Portugal. Aunque envuelta en palabras respetuosas y amables, su negativa fue categórica. Decía así:

'Señor: Yo, Carlos María Isidro de Borbón y Borbón, Infante de España, hallándome bien convencido de los derechos que me asisten a la Corona de España, siempre que, sobreviviendo a Vuestra Majestad, no deje un hijo varón, digo: que mi conciencia y mi honor no me permiten jurar ni reconocer otros derechos, y así lo declaro, Señor, a los Reales pies de V. M. Su amante hermano y fiel vasallo, el Infante don Carlos.'

Fernando VII murió cinco meses más tarde, el 29 de septiembre de 1833. La pequeña Isabel fue nombrada reina, y su madre María Cristina se hizo cargo del poder. Inmediatamente, los seguidores de don Carlos se sublevaron, primero en Bilbao, luego en todo el País Vasco, más tarde en Castilla y en Cataluña. Así fue como comenzó la primera guerra carlista. Por un lado, los rebeldes, los partidarios de don Carlos o carlistas; por otro, los partidarios del Gobierno de Isabel, los llamados liberales.

Muchos fueron los que, durante aquella época turbulenta, alcanzaron a tener su pequeña historia. Uno de ellos se llamó Martín Saldías. Fue un hombre que luchó como espía al servicio del general Zumalacárregui; un voluntario carlista al que sus compañeros llamaban *Sara*. Su historia, o mejor, la parte más peligrosa de su historia, comenzó con un viaje...

Martín Saldías salió de Bilbao el 14 de julio de 1834, burlando los controles de las tropas liberales y llevando consigo -en un rincón de su memoria, donde nadie lo pudiera ver- un informe de gran importancia para el general Zumalacárregui. Había podido salir de la ciudad gracias a una documentación falsa que lo acreditaba como tratante de vinos; oficio que, además, justificaba su viaje a Navarra. Dos días más tarde, montado en el caballo que le había dejado un campesino de ideas carlistas, llegó a la altura de Echarri Aranaz, un pueblo fortificado que era sede de una guarnición enemiga. Atardecía, y la luz iba desapareciendo de entre los árboles del bosque que en esos momentos estaba atravesando.

El camino comenzó a subir la ladera de una colina, y el caballo resopló quejoso y meneó la cabeza.

-Ya queda poco -le dijo Martín Saldías, pasándole la mano por el cuello. Sabía que Zumalacárregui acampaba al fondo de aquel valle, en Irurzun.

La parte alta de la colina era una zona sin árboles y de buena visibilidad, y los ojos de Martín Saldías se movieron con inquietud. Echarri Aranaz, el pueblo ocupado por sus enemigos los liberales, estaba allí mismo, más cerca de lo que había imaginado. Daba la impresión de ser un lugar apacible y tranquilo, con el humo de los fogones saliendo lentamente por las chimeneas y las calles desiertas, pero nunca se sabía. No todos los soldados de la guarnición estarían cenando.

-A ver si consigo llegar a casa -pensó. Era un espía, y cualquier sitio que no estuviera infestado de enemigos se convertía inmediatamente en su hogar. Espoleó al caballo y se dirigió colina abajo, hacia la zona donde el bosque volvía a adueñarse del terreno.

Cuatro o cinco pájaros salieron volando de un árbol para enseguida alejarse hacia los tejados de Echarri Aranaz. Martín Saldías suspiró. Desgraciadamente, él no era un pájaro, sino un hombre alto y grueso, un grandón cuyo peso hacía sufrir a los caballos. A él no le quedaba otro remedio que avanzar al paso.

Otro pájaro imitó a los anteriores. Salió del bosque y se escapó volando hacia el pueblo. Él le siguió con la vista, pero sin mucho interés. No reconocía los pájaros de tierra. Se había pasado media vida en el mar, en un paquebote llamado *Montevideo*, y los petreles le resultaban más familiares que las golondrinas.

De pronto, una pregunta cruzó su mente: ¿Por qué aquella intranquilidad? ¿Por qué echaban a volar unos pájaros que debían estar dormidos? Martín Saldías contuvo la respiración y siguió avanzando hacia la orilla del bosque. No veía nada raro entre el verde oscuro de los arbustos y los árboles. Y tampoco oía nada que fuera extraño, solo el sonido de los cascos de su caballo al golpear contra la tierra. Sin embargo, estaba seguro, allí había alguien. Y ese alguien le estaba esperando.

-¡Patrulla! ¡Alto! -chilló entonces una voz.

-¡No tiréis! ¡Soy amigo! ¡Viva María Cristina! ¡Viva el ejército liberal! -gritó Martín Saldías con todas sus fuerzas.

Desde la oscuridad del bosque -como desde el fondo de una cueva- surgieron risitas. Varios hombres avanzaban hacia él.

-¡Amigo! ¡Soy amigo! -exclamó Martín Saldías aparentando alegría pero bastante asustado. Las risitas no le habían gustado nada. Cuando los soldados reían a lo tonto, mal asunto. Señal de que habían bebido y de que tenían ganas de pelea. A la mínima provocación, aquellos soldados dispararían contra él.

-¿Qué hace usted en este camino? ¡Documentación! -dijo una voz que, para alivio de Martín Saldías, parecía venir de un hombre completamente sobrio. Un instante después, aquel hombre salió del bosque y se plantó frente a su caballo. Era bastante joven y vestía el uniforme negro de los soldados liberales. Lucía galones de teniente. Tenía los ojos enrojecidos y estaba muy pálido, como si llevara varios días sin dormir.

Martín Saldías no era un espía profesional, sino un marinero que, por las circunstancias, y también por la admiración que sentía hacia el general Zumalacárregui, había aceptado aquel servicio. Debido quizá a esa falta de preparación, su modo de disimular era bastante rudimentario. Se hacía el simplón, el botarate, el charlatán, y con eso se las arreglaba. Al menos, así se las había arreglado hasta entonces.

-Perdone que le corrija, mi capitán, perdone mi atrevimiento -dijo Martín Saldías sonriendo abiertamente, pero sin atreverse a bajar los brazos. Hablaba a toda prisa, atropellándose-. Dice usted, capitán, que adónde voy por este camino, pero resulta que esto no es exactamente un camino, sino un atajo muy bueno. Y por eso mismo voy por aquí, para llegar cuanto antes a Pamplona. Tengo que estar allí antes de mañana por la mañana para cerrar un negocio. Porque ahora las cosas están muy mal, después de que la guerra...

-¡Para de una vez! -gritó uno de los soldados de la patrulla acercándose por detrás, y el viejo caballo resopló nervioso.

-¡Los charlatanes no suelen ser de fiar! ¡Suelen ser espías carlistas! -gritó otro soldado que también se había colocado tras él soltando una risita.

-¡Y los espías suelen morir fusilados! -añadió su compañero. Martín Saldías se movió inquieto en la silla de montar. Se sentía tan nervioso como su caballo. Allí estaba el peligro, en los soldados borrachos. Por un momento, sus ojos se fijaron en la orilla del bosque que tenía enfrente. Allí y acá, en medio de las primeras sombras de la noche, los soldados liberales hacían guardia con el fusil levantado. ¿Cuántos eran? Sin contar a los que estaban con él, unos doce. ¿Por qué una patrulla de lo menos quince hombres, en lugar de una común de cuatro o cinco? No lo sabía, pero aquello no le gustaba.